

CUBA, 1763 – 1868

A principios del siglo XVII, la isla de Cuba estaba dividida en dos gobernaciones, una en La Habana y otra en Santiago de Cuba; aunque, durante el siglo XVIII, en 1733, como resultado de la política centralista de Felipe V, la gobernación de Santiago de Cuba, quedaría subordinada a La Habana.

La sociedad esclavista cubana, fue el resultado de importantes transformaciones en la economía y la sociedad criolla ocurridas a mediados del siglo XVIII, vinculadas a un conjunto de acontecimientos internacionales que provocaron el aumento de la demanda del azúcar, el café y el tabaco, en los principales mercados del mundo.

La revolución de Haití, iniciada en 1791, provocó la ruina de sus plantaciones de azúcar y café, por lo que perdería su condición de primer exportador mundial de azúcar y de ser uno de los más importantes mercados de café y cacao. El interés por producirlos se enfocó en Cuba, que contaba con un buen clima, suelos productivos para realizar extensas plantaciones de esta variedad de cultivos, así como amplios puertos que estimulaban un incremento de las inversiones en el negocio azucarero: ingenios, tecnología y esclavos.

Las favorables condiciones naturales posibilitaron un rápido desarrollo de la plantación. Mientras la industria azucarera se extendía por las zonas llanas de occidente, el cultivo del café avanzaba por la zona central de Trinidad donde recibiría el impulso de emigrados franceses, quienes aplicarían nuevas técnicas de cultivo; también progresaría en áreas montañosas del norte y noroeste de Santiago de Cuba; al igual que en algunas regiones de occidente.

El auge del sistema de plantación causó importantes transformaciones económicas, con la incorporación de amplias zonas de producción de azúcar y café para la exportación; lo que implicaba la desaparición de las formas tradicionales de explotación de la tierra, mayores gastos de capital para la compra de tecnología y esclavos, y la intensificación de su explotación.

Este notable progreso económico se basó en un horroroso incremento de la esclavitud, que se generalizó hacia toda la actividad productiva: agraria, servicios y oficios; e incentivó una sociedad polarizada, compuesta por una oligarquía de terratenientes criollos y comerciantes españoles, que se imponía sobre una gran masa esclava africana.

Los propietarios esclavistas de ingenios y plantaciones cafetaleras, para de igual manera someter a los esclavos, aplicaron mecanismos y barreras para borrar su cultura y los valores culturales de estos grupos humanos, facilitando de este modo, su explotación.

La división en clases y sectores sociales, junto al color de la piel, constituían elementos determinantes para que gran parte de la población considerase a los esclavos como un elemento ajeno a ella, situación que frenaba su proceso de integración sociocultural.

Al introducirse en la isla numerosos esclavos de diversas regiones africanas; se trató, desde un inicio, de impedir la solidaridad y comunicación entre ellos, lo cual fue propicio para fomentar la división y el aislamiento. En su mayoría, procedían de diferentes etnias, hablaban distintas lenguas, tenían creencias religiosas diferentes; además de que entre algunos se expresaban cierto sentimiento de hostilidad.

Se prefería un esclavo joven y fuerte, dado que el sistema de trabajo intensivo exigía hombres con estas características físicas, por ser los más productivos y con una vida más larga. Los jóvenes eran los menos

cultos, según el nivel de aprendizaje de sus patrones culturales, por lo que era más fácil de fijar las reglas sobre plantación.

Las tradiciones artesanales y adornos africanos, que desde el punto de vista cultural los diferenciarían, prácticamente se perderían en las plantaciones, salvo las marcas o señas tribales, caracterizadas por tatuajes o dientes limados, que en definitiva no se podían borrar o eliminar.

La poca presencia de mujeres obedecía a razones productivas, pues al condicionarse la procreación, podían desatar una elevada mortalidad infantil o muchas muertes por parto; mientras que, si se lograba el nacimiento, la crianza impedía el trabajo de la madre.

La alimentación, el vestuario, la incorporación al barracón, la eliminación de la vida sexual y el trabajo extenuante sin comunicación entre sí; conformarían otros de los mecanismos utilizados por la burguesía española esclavista para desarraigar sus valores culturales africanos.

La represión y esclavización, lejos de borrar su arraigo cultural, permitió que los esclavos africanos y sus descendientes se refugiaron y salvaguardaran su cultura como recurso de identidad y supervivencia, lo cual propició el surgimiento de cantos, relaciones solidarias, vías para la comunicación secreta entre ellos, bailes, juegos y cuentos; que fueron resultados de su lucha por preservar sus valores identitarios.

En la preservación de la cultura africana, los cabildos africanos desempeñaron una importante función en la transmisión de sus valores religiosos, así como brindar una ayuda mutua entre africanos de un mismo origen étnico y sus descendientes. De esta manera sus múltiples expresiones culturales y religiosas, ayudaron a conservar otras manifestaciones culturales como los cantos, danzas y la música; manteniéndolas vivas, aunque ya mezclándose con los aportes religiosos provenientes del catolicismo y el espiritismo.

En medio de esta situación compleja, aumentaron las presiones de Inglaterra sobre España para que eliminara la esclavitud en sus colonias, esta posición abolicionista inglesa respondía a que su paulatino desarrollo capitalista, dependía cada vez más de sus avances industriales, por lo que necesitaba ampliar sus mercados y consumidores. Por otra parte, Inglaterra tenían intereses coloniales en el continente africano y la trata de esclavos diezmaba su población.

En este escenario geopolítico, la Gran Bretaña había arrebatado a Francia, una por una, sus posesiones en el continente americano; por lo que la Corona francesa se decidiría a buscar una alianza con España y combatir a Inglaterra. De aquí surgiría el llamado Pacto de Familia, que fue la causa directa del rompimiento de las hostilidades entre Albión y España, a mediados de 1761, que en definitiva se convertiría en un trascendental choque de intereses económicos y políticos entre dos de las principales potencias europeas que luchaba por las posesiones de América.

Inglaterra para herir a España, entre el 9 y 10 de junio de 1762, le asestó un duro golpe con la Toma de La Habana, con una poderosa flota expedicionaria inglesa. La corona británica ambicionaba a Cuba por su estratégica posición geográfica, al ser concebida como la avanzada defensiva del imperio español en América, y el territorio que le brindaba la prosperidad económica que había alcanzado.

De inmediato, el sentido de pertenencia se manifestó con la valentía demostrada por José Antonio Gómez de Bullones (Pepe Antonio), regidor del cabildo de Guanabacoa, que al frente de una partida de milicias criollas, integradas por blancos, negros y mulatos libres, hostilizaron con sorpresivos y rápidos ataques, a las tropas inglesas.

Otros jefes como Agustín de Cárdenas, Laureano Chacón y Luis de Aguiar, acompañados por negros criollos, también desplegarían una similar y tenaz resistencia, a pesar de la incompetente y cobarde actitud manifestada por la oficialidad española en el instante de organizar la defensa. Con la excepción del oficial Luis de Velazco, que se mantuvo al mando de las fuerzas españolas hasta morir durante el asedio inglés a la fortaleza Castillo de los Tres Reyes del Morro (El Morro).

A pesar del coraje demostrado por los criollos, no se pudo impedir que La Habana se rindiera y cayera en manos de la fuerza naval anglosajona. Este ataque inglés despertó los primeros sentimientos de nacionalidad y amor por el suelo donde habían nacido y defender todo lo suyo, su "patria chica" representada por su religión, lengua, costumbres y tradiciones.

Esta ocupación militar inglesa, aunque no se extendió al resto de la isla, si incentivó la liberación del comercio por todo el territorio. No transcurrirían nueve meses de ocupación inglesa, para que, en 1763, se llegara a un acuerdo de paz, firmado en París entre ambas naciones, en el que Inglaterra devolvía a España la ciudad de San Cristóbal de La Habana, a cambio de obtener la península de La Florida. Ya concertado este acuerdo, las tropas inglesas se retiraron entre el 6 y el 7 de julio.

Al restablecerse el dominio hispano sobre la isla, el rey Carlos III adoptaría una serie de medidas que de cierta forma favorecieron el progreso del país. Se construiría entre 1763 y 1774 la fortaleza San Carlos de la Cabaña, en la indefensa y elevada ribera del Puerto de La Habana. A lo que se añadirían construcciones civiles como el Palacio de los Capitanes Generales, comenzando su construcción en 1776 hasta ser culminada en 1792, devenida Casa de Gobierno y símbolo del paisaje urbano habanero.

Se continuaría en las construcciones de nuevas fortificaciones defensivas y entidades civiles que con el transcurso de los años se convertirían en baluartes históricos culturales, como el Fuerte de San Diego o también conocido Hornabeque de San Diego, erigido entre 1779 y 1780. A este se sumaría la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, que comenzó su edificación en 1763 y culminó en 1774.

El polvorín de San Antonio surgiría durante la segunda mitad del siglo XVIII, levantándose en la ensenada de Guanabacoa y cerca de la desembocadura del río Luyanó. Esta instalación defensiva sería utilizada como almacén de pólvora, para abastecer al sistema de fortificaciones.

También surgiría el Castillo de Santo Domingo de Atarés construido entre 1763 y 1767, así como el Castillo del Príncipe, entre 1767 y 1779. Años más tarde, en la localidad de Manzanillo, hoy en la provincia Granma, se inauguró, en 1856, el Teatro Manzanillo, con la presentación de la comedia *El arte de hacer fortuna*, del dramaturgo Tomás Rodríguez Díaz y Rubí.

De igual forma, en el ámbito escénico, se daría a conocer la primera obra teatral titulada: *El príncipe jardinero o Fingido Cloridano*, publicada en 1733 por Santiago Pita. Sin embargo, esta adaptación teatral no llegaría a ser representada en La Habana hasta el año 1791. En esta etapa se dan a conocer otras obras artístico-literarias de inconfundible valor, como la creación en 1760, del compilatorio histórico, *Historia de la isla y Catedral de Cuba*, escrito por el sacerdote católico Pedro Agustín Morell de Santa Cruz y de Lora.

También significativa relevancia tendría del lanzamiento, en 1764, del primer periódico *La Gazeta de La Havana*. En los albores del siglo XIX, específicamente en 1830, sobresaldría la obra *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales. La Habana descrita: Noticias de su Fundación, Aumento y Estado*; de la autoría de José Martín Félix de Arrate Acosta. Donde las raíces históricas, el orgullo y el patriotismo del criollo, aflorarían como uno de los tópicos literarios más apreciados.

Mientras que en 1839 saldría a la luz la novela cumbre de género romántico y costumbrista social: *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*, obra escrita por Cirilo Villaverde; que, a diferencia de otras novelas de su época, refleja las contradicciones clasistas, de razas y de culturas de la época.

Como resultado del gran poder financiero alcanzado por los hacendados criollos, se fundaría el 9 de enero de 1793, la *Sociedad Económica Amigos del País*, que abriría nuevas perspectivas para la vida cultural; además del *Real Consulado de La Habana*, el 4 de abril de 1794. Este último, favorecía el desarrollo de la agricultura y del comercio, la industria de bienes de equipo, molinos o trapiches, y de consumo. Al mismo tiempo, funcionaría como tribunal mercantil, siguiendo el tradicional esquema del siglo XVI.

El 11 de enero de 1818 es fundada la escuela de pintura y dibujo San Alejandro, convirtiéndose en la segunda institución docente más antigua de Cuba, solo antecedida por la Universidad de La Habana. Inicialmente se encontraba ubicado en el Convento de San Agustín, de La Habana Vieja.

Otra serie de acontecimientos internacionales contribuyeron a la prosperidad de la isla. Tras la guerra de independencia de las Trece Colonias inglesas de Norteamérica, España autorizaría el comercio entre Cuba y los colonos sublevados por lo que la economía de la isla creció vertiginosamente.

Finalizando el siglo XVIII, comienzan a manifestarse una serie de transformaciones económicas, políticas y sociales que van a contribuir a la formación de ideas políticas en una ya consolidada sociedad criolla, acorde a diferentes ideologías e intereses de las clases sociales, con diversas maneras de ver la realidad o posiciones que se deben asumir en relación con la metrópoli. Es el camino hacia la formación e integración nacional.

La esclavitud, condicionaría una importante fuente de inestabilidad social, debido a las frecuentes sublevaciones de esclavos en ingenios, el cimarronaje y la aparición de los palenques, por lo que su repudio daría lugar a conspiraciones con propósitos abolicionistas; destacándose la liderada por el negro libre José Antonio Aponte y Ulabarra, el 15 de marzo de 1812, en el ingenio Peñas Altas, Guanabo; que llegó a ser duramente abortada.

Así mismo, la conocida Conspiración de la Escalera, ocurrida el 5 de noviembre de 1843; suceso que originó una cruenta represión en la que perdieron la vida numerosos esclavos, negros y mulatos libres; entre ellos, el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, conocido como Plácido. Esta acción represiva sirvió para intimidar a otros que tenían ideas progresistas como Domingo del Monte y José de la Luz y Caballero.

Entre las ideas que con mayor fuerza se pronunciaron durante la primera mitad del siglo XIX, lo conformó la tendencia política identificada como Reformismo, que representaba los intereses de los poderosos esclavistas. Esta posición política abarcó tres generaciones, representada, en primera instancia, por Francisco de Arango y Parreño, quien en su obra: *Discurso sobre la agricultura en La Habana y medios de fomentarla*, promovía la aplicación de la ciencia a la economía de plantación.

El Reformismo promovido por Arango y Parreño, encontraría continuidad en una segunda generación de liberalistas, de corte igualmente reformista, encarnado por José Antonio Saco, Domingo del Monte y José de la Luz y Caballero; al dirigir su principal crítica a la sociedad colonial, la eliminación de forma gradual, la trata y la esclavitud, para que no se afectaran los productores y propiciar el desarrollo del trabajo asalariado.

Mientras que la tercera generación, representada por José Morales Lemus, Miguel Aldama y Francisco Frías (Conde de Pozos Dulce), integrantes del *Círculo Reformista de La Habana*, quienes reflejarían ideas mucho más conservadoras, a través del periódico *El Siglo*. Aunque se opusieron a una revolución,

apoyaban una reforma de impuestos aduanales y la eliminación de la esclavitud de manera gradual y con una indemnización. En este escenario España perdería sus diversas posesiones en otras regiones de América, situación que la impulsó a implementar una rapaz y discriminatoria política colonial hacia Cuba, que haría frustrar las reiteradas expectativas reformistas.

Esta situación favoreció la aparición de otra corriente política, manifestada por los hacendados esclavistas, conocida como Anexionismo, la cual manifestaba sus esperanzas en que la solución de los problemas cubanos estaba en la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Fue la posición más reaccionaria y anticubana, debido a que negaba la nacionalidad y el patriotismo criollo para justificar la absorción de Cuba por los Estados Unidos; además de oponerse a las ideas independentistas, para de esta forma proteger sus propiedades y prolongar la esclavitud.

Se destacaron tres núcleos anexionistas fundamentales: Uno en La Habana, que proponía la anexión de Cuba a los estados del sur de los Estados Unidos. Para impulsar esta corriente política, fundarían el *Club de La Habana* y el periódico *La Verdad*, además de desplegar gestiones para incentivar la compra de la isla por parte del gobierno de Washington, así como las posibilidades de una invasión "liberadora" encabezada por algún general estadounidense.

En los territorios villareños surgiría entre los años 1847 y 1848, la conspiración de la Mina de la Rosa Cubana, liderada por Narciso López. Este movimiento tenía el propósito de separar a Cuba de España, en caso de que esta, al ceder ante las presiones británicas, decretara la abolición de la esclavitud.

Y un último núcleo localizado en Puerto Príncipe, así como en ciertas localidades de Oriente, quienes se enfocaban en alcanzar un desarrollo capitalista, acorde al modelo económico concebido en los estados norteños de los Estados Unidos. Uno de sus líderes, Joaquín de Agüero, rechazaba el dominio español además de abogar por el cese de la esclavitud.

Hacia esta última tendencia también se orientaron los esfuerzos del general venezolano Narciso López, quien se involucraría en tres expediciones anexionistas. La primera organizada en 1849, no se llevaría a cabo, como consecuencia del cambio de política implementado por el presidente de los Estados Unidos Zacarías Taylor, con respecto a la anexión de Cuba.

Su segunda incursión desembarcaría en la ciudad de Cárdenas, en Matanzas, el 19 de mayo de 1850, bautizándose para la historia como la *Ciudad Bandera*, por ser allí donde fue izada, por primera vez, la que luego sería nuestra enseña nacional cubana. No obstante, su proyecto de invasión con tropas de voluntarios, duraría tan solo un día, obligándolo a regresar a New Orleans para preparar una última y tercera expedición. El 12 de agosto de 1851 arribaría por El Morrillo, cerca de Bahía Honda, en Pinar del Río, en la costa norteña de Cuba. Al día siguiente sería atacado por tropas españolas, siendo capturado y ejecutado en el garrote vil, en la Explanada de La Punta, el 1 de septiembre de 1851.

En esta última dirección encaminó sus esfuerzos Narciso López, general de origen venezolano que, tras haber servido largos años en el ejército español, se involucró en los trajines conspirativos anexionistas.

Otra corriente separatista, más radical, aspiraba a conquistar la independencia de Cuba. De 1821 a 1836, las aspiraciones de libertad de los cubanos se orientaron hacia el independentismo, el sacerdote y profesor del Seminario de San Carlos, Félix Varela y Morales, constituiría su principal figura, quien en sus inicios adoptaría una posición reformista, pero al ver que de España no se podía esperar nada, abogó por la separación de la metrópoli.

De forma general, el independentismo fue la tendencia más radical de las desarrolladas en este período, aunque también se había manifestado en años anteriores, cuando una primaria conspiración independentista liderada por Román de la Luz y Joaquín Infante, influenciada por la gesta emancipadora en el continente fue descubierta en 1810. Esta tendencia separatista alcanzaría un notable auge en los primeros años de la década de 1820.

En los siguientes años, otras tres importantes conspiraciones fueron abortadas por las fuerzas colonialistas, la conocida *Soles y Rayos de Bolívar*, organizada en 1823 por una logia masónica, que llegó a ser dirigida por José Francisco Lemus y en la que participaban el abogado Miguel Teurbe Tolón, y el poeta José María Heredia. Esta asociación establecía entre sus principales ideas, la necesidad de alcanzar la independencia y la abolición de la esclavitud.

En 1826, acontecería en Camagüey otra insurrección separatista dirigida por Andrés Manuel Sánchez y Francisco Agüero, que de igual forma estaba vinculada a la logia la *Liga de la Cadena*. Este grupo al intentar desembarcar por Santa Cruz del Sur, procedente de Jamaica, serían descubiertos y condenados a muerte; por lo que se convertirían en los primeros mártires de la independencia.

Ya en 1829, surgiría una nueva sociedad secreta identificada como: *Gran Legión del Águila Negra*, que llegó a ser alentada desde México, siendo considerada como una de las últimas de este período. Su labor conspirativa se extendió por todo el occidente y centro del país; sin embargo, después de haber sido descubierta, no se pudieron conocer con certeza quienes eran sus líderes, así como su verdadera magnitud.

El movimiento cultural de la época llegó a expresarse bajo el prisma de la clase dominante, que tenía en sus manos las posibilidades reales de imponer sus tradiciones y arraigos. Surgiría en 1790 una literatura, acorde al estilo neoclásico europeo, destinada al progreso de la prensa periódica, libros y revistas, que recreasen estéticamente el medio natural y social de la isla. Destacándose el *Papel Periódico de La Habana*, además de las publicaciones: *El Regaño de La Habana* y *El Patriota Americano*; que reflejaban los intereses e inquietudes intelectuales del momento.

La crítica costumbrista, la divulgación científica y económica, artículos de contenido social o político son temas literarios abordados por destacados ensayistas como José Agustín Caballero de la Torre y Antonio del Valle Hernández; a los que se sumarían a partir de la década de 1820, otros principales exponentes como Félix Varela y Morales, José Antonio Saco y López-Cisneros y José de la Luz y Caballero.

En este contexto literario el obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, escribiría en 1768, *Historia de la isla y catedral de Cuba*, donde recogería, hasta ese momento, la historia eclesiástica.

Ya en el ámbito escénico, Ignacio José de Urrutia y Montoya elaboraría, en 1787, la obra el *Teatro histórico, jurídico, político y militar de la isla Fernandina de Cuba y principalmente de su capital, La Habana*.

Estas obras históricas fueron ampliamente criticadas por el obispo Espada y José Agustín Caballero, quienes señalaban su elevada descripción y pobre valoración, situación que determinó la necesidad de impulsar en 1813, una nueva historia de Cuba, escrita por Antonio José Valdés; *Historia de la isla de Cuba y en especial de La Habana*; así como la presentación de otro proyecto de rescate del pasado de la nación, que ordenase todos los acontecimientos registrados desde su surgimiento. El proyecto sería obstaculizado por el gobierno colonial, debido al temor de que esta obra afianzara las raíces autóctonas del pueblo cubano.

La poesía tendría en este periodo brillantes exponentes como los iniciadores Manuel de Zequeira, quien apreciaría los valores de nuestra naturaleza; y José María Heredia, orientado hacia fuertes aspiraciones independentistas, por lo que se convertiría en el primer poeta revolucionario cubano. También sería reconocida la obra abolicionista del esclavo Juan Francisco Manzano; además de la lírica del mulato libre Gabriel de la Concepción Valdés, conocido como Plácido; quien alcanzaría popularidad luego de reflejar los sectores segregados y oprimidos, negros y mulatos libres, campesinos y esclavos.

La poesía romántica se distingue con José Jacinto Milanés y continúa una segunda generación de líricos con Rafael María de Mendive, Joaquín Lorenzo Luaces y Juan Clemente Zenea. Surgirían, de igual forma, otro grupo de notables poetisas como Luisa Pérez de Zambrana, y la excepcional Gertrudis Gómez de Avellaneda, que abarcó diversos géneros como poesía, teatro, novela, leyendas y epistolario amoroso; por lo que su extensa obra la convertiría en una de las autoras más importantes de la lengua castellana del siglo XIX.

De la lírica romántica cubana, nacería la modalidad conocida como "Nativismo", precisada en dos vertientes: el criollismo, en el que se resaltan las costumbres y los rasgos del campesino. Y el "Siboneyismo", donde los escritores utilizarían la ficción poética para describir a nuestros aborígenes. En ambas corrientes se cultivaría la relación hombre, naturaleza tropical y paisaje, como elementos temáticos primordiales. El literato Domingo del Monte, se convertiría en uno de los principales impulsores, también José Fornaris, que cultivaría con mayor preferencia el Siboneyismo. En cambio, la realidad campesina llega a ser evocada por Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, el Cucalambé, como ejemplo de poeta nativista que se preocuparía por rescatar y mostrar el acento popular campesino en sus décimas.

En sentido general, la literatura de la época reafirmaría lo criollo y autóctono vinculado a elementos costumbristas como el ocio, el juego, las modas, el baile, el maltrato a los esclavos, la educación, el teatro; aunque se destacaría el surgimiento de una novelística de la esclavitud y contra la esclavitud, al describirla como el principal problema de esa sociedad colonial cubana

En las diferentes manifestaciones artísticas se impondría de igual manera el estilo neoclásico, aunque acorde a un gusto burgués. En la plástica prevalecerían las obras artísticas del francés Juan Bautista Vermy; representadas en el Templete; así como los trabajos pictóricos paisajísticos, del notable Federico Miahle; quien, en 1838, conformaría su álbum impreso: *Isla de Cuba Pintoresca*, donde dibujaría temas criollos como: *Valla de gallos*.

El acercamiento a las realidades y costumbres campestres constituirían otras de las principales tendencias, al ser contemplados en los grabados de Eduardo Laplante, quien también elaboraría en 1858, *El libro de Los Ingenios*. La pintura paisajista, y del mismo modo costumbrista, arriba a su máxima expresión con las obras de Esteban Chartrand y Miguel Melero, quienes resaltarían en sus lienzos los impresionantes valores de la naturaleza cubana.

La contradanza era la modalidad musical preferida, caracterizándose por su acento criollo, además de aportar los primeros rasgos bailables y de concierto, de nuestra nacionalidad. Las obras de Manuel Saumell Robredo, eran las conocidas, al crear guajira, habanera, danzón, criolla y clave. No obstante, la música constituyó la manifestación artística que recibió la mayor influencia africana, con la incorporación de ritmos e instrumentos musicales africanos que se fusionarían con los europeos.

A pesar del retraso manifestado por España en el ámbito de la ciencia, y de su poco interés para que en sus colonias se desarrollase un pensamiento científico a la altura de las corrientes más modernas, aunque

sin traspasar los límites establecidos por la Iglesia, entre 1802 y 1842 fueron creadas instituciones dedicadas al desarrollo de las ciencias particulares como la medicina, la botánica y la química. Destacándose la Escuela de Parteras, el Jardín Botánico de La Habana o la Escuela Náutica.

Estarían entre las figuras descolantes Tomás Romay y Chacón, quien practicaría la vacunación contra la viruela como método preventivo. Se hace mención al Dr. José Nicolás Gutiérrez, quien fundaría en 1861 el primer periódico sobre medicina en Cuba; conjuntamente con su labor de instituir la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana en 1861.

La labor investigativa del sabio Felipe Poey Aloy, alcanzaría un prestigio extraordinario tras publicar el *Primer compendio de Geografía de Cuba*, así como sus importantes estudios sobre los peces cubanos (*Ictiología de Cuba*), que le valió notables premios y reconocimientos internacionales. De igual forma, apoyaría la fundación de la Sociedad Antropológica de la isla de Cuba. Los estudios sobre los problemas de la agricultura, el cultivo de la caña de azúcar y el trabajo serían contemplados por Álvaro Reynoso y Francisco Frías y Jacott, Conde de Pozos Dulces.

En materia educativa se daría otro paso importante al crearse, en 1689, el Real y Conciliar Colegio Seminario de San Carlos. Este nuevo centro de estudio sería capaz de formar a una nueva generación de criollos interesados en las ciencias y la cultura; con la aplicación de modernos métodos de enseñanza implementados por el obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, quien también por más de 20 años, dirigiría la Sociedad Económica de Amigos del País.

De igual modo, resaltaría el sacerdote Félix Varela, quien suprimiría contenidos innecesarios, impartiría clases en español, y no en latín, e implementaría el método de exposición dialogada, que daría paso al debate de conceptos y estímulo a los estudiantes a pensar por sí mismos. José Antonio Saco, uno de sus discípulos más brillantes, lo sustituiría en la cátedra de Filosofía del Real y Conciliar Colegio Seminario de San Carlos, logrando transmitir los mismos principios pedagógicos de Varela.

Otro pilar de la educación cubana lo constituiría José de la Luz y Caballero, maestro por excelencia y formador de conciencias. Caballero tomaría el lugar de Saco, como profesor de filosofía del Seminario y además de defender los principios educativos de Varela, engrandecería el sentido de la nacionalidad cubana.

Lo cierto es que, durante la primera mitad del siglo XIX, ya se reafirmaban rasgos de una sociedad criolla nueva, portadora de elementos autóctonos, y que estaba dispuesta a romper con los lazos coloniales. El movimiento cultural lograba incentivar un proceso de formación nacional; al unísono, se incrementaban las diferencias de criterios entre la cultura criolla y la cultura española, en relación con el sostenimiento del dominio colonial.

El 28 de enero de 1853 acontecería en La Habana el nacimiento de José Martí Pérez, quien con el tiempo se convertiría en el Apóstol de la Independencia de Cuba. Dentro de este marco se hace evidente un creciente descontento entre los criollos, hacendados y terratenientes acaudalados; debido a los excesivos impuestos, las restricciones al libre comercio, la poca atención de la Corona ante sus diferentes inquietudes y reclamos por la instauración de reformas políticas y socioeconómicas.

Así como por el incesante despotismo expresado por el gobierno colonial; una realidad que continuó en aumento durante la década del sesenta del siglo XIX, lo cual inevitablemente condicionó el desencadenamiento de la Guerra de los Diez Años.